

CUAL es la naturaleza de esta crisis general que atraviesa el mundo presente? ¿Cuál el sentido de ese proceso histórico que hemos diseñado (1) y que condiciona la evolución política de nuestro tiempo, a despecho de lo episódico y circunstancial?

Para unos, es el fracaso del sistema capitalista; para otros, es el hundimiento del liberalismo; para algunos, una crisis moral de la sociedad. Así, cada cual podrá señalar una faceta particular del proceso, según el aspecto del cambio que más llame su atención. En rigor, es todo eso y es algo más: la crisis de todo el sistema económico, político e ideológico sobre el cual se ha sustentado una época de la Historia.

Ningún rasgo particular caracteriza suficientemente el cuadro. Es una crisis totalitaria, en la que interesa salvar los valores perennes de la cultura, que amenazan ahogarse en este naufragio general que no se supo conjurar a tiempo.

Esa gran crisis tiene ya una larga historia. No empieza ciertamente en 1914, ni es peculiar de un determinado país; sus orígenes son remotos y su dimensión mundial.

Examinando, por ejemplo, las opiniones de pensadores tan influyentes en la Inglaterra de principios del siglo, como Wells, Bernard Shaw o Kipling, se observan los síntomas de la evolución ideológica, que suelen ser los más precoces. Wells, sobre todo, ha expuesto utopías que tienen de todo menos de liberales y democráticas en un sentido clásico; su tendencia es antiliberal y aristocrática o, si se quiere, tecnocrática. Y es de notar que los escritores citados figuran políticamente en lo que podríamos llamar el ala izquierda del pensamiento inglés, frente a otros escritores más encuadrados en los moldes tradicionales, como Chesterton, mucho más liberal ortodoxamente.

En el orden del pensamiento económico, no han faltado las críticas al régimen tradicional en la propia Gran Bretaña. Quizás pueden recabar la prioridad cronológica, aunque ha sido después de 1914 cuando han invadido todos los sectores, hasta el de la ciencia universitaria y académica. Esas críticas incluso han cristalizado en dos actos importantes de política práctica: la abolición del libre-cambio y la del sistema de moneda consuetudinario, aparte de la introducción de una difusa y profusa política intervencionista: subsidios de paro, subvenciones industriales y otras medidas reñidas con el sistema de free play.

Se dirá que todo esto ha sido producto obligado de las circunstancias. Mas lo cierto es que ha ido precedido por enconadas discusiones doctrinarias entre partidarios y adversarios del viejo orden. Y después de todo, yo no sostengo que la evolución sea efecto del capricho, sino de la necesidad. Prueba de ello es que no siempre vienen las censuras de personas convertidas a una nueva ideología; conocidas son las críticas al *laissez faire* por parte de un lord Keynes que, aunque economista reformador, es un espíritu muy penetrado, por su formación, de la doctrina manchesteriana.

Tampoco en la lejana América han saltado las diatribas contra la economía clásica, que no fue nunca plenamente aceptada por los economistas prácticos de la América anglosajona, al menos en lo que a la política comercial se refiere. Después de la Gran Guerra, el New Deal fue un ensayo general de la política intervencionista que, con todo su oportunismo, está muy lejos de ser un plan empírico; fue la elaboración de un equipo de teóricos y

pensadores, designado con el título significativo de *brain's trust*.

Que esa inclinación tiene también penetraciones políticas densas en vastos sectores de la opinión americana, lo revela la reciente noticia de que se considera necesario allí tomar medidas para impedir que prevalezcan, después de la guerra, tendencias contrarias a los principios tradicionales de la libertad humana, lo cual no deja también de ser contrario al principio de la libérrima opinión.

El ensamblamiento que se establece entre el sector económico y el político en este proceso, nos lo descubre a las claras un artículo aparecido en una gaceta inglesa de gran autoridad, *The Economist*, del 3 de octubre de 1942, es decir, en plena guerra; se titulaba «La ocupación total del trabajo es el objetivo», y de él son los párrafos siguientes:

«La plena ocupación es posible obtenerla siempre a cierto precio. La guerra actual ha probado una vez más que se puede conseguir al precio de la guerra. ¿Pero se po-

¿Cómo será la Economía de la futura postguerra?

FONDO DOCUMENTAL

José María Bernal

Por GERMAN BERNACER

Catedrático de la Escuela Central Superior de Comercio

dria obtener también a menor precio? ¿Se podría obtener a un precio accesible a una democracia pacífica, es decir, sin guerra y sin dictadura?»

«No hay cuestión más importante a que un profeta, si es hombre honrado, contestará con mayor vacilación. Mas toda la perspectiva de las décadas venideras gira sobre esta respuesta. Porque, si algo se ha evidenciado hasta la saciedad, es que la masa popular de todos los países reputa la plena ocupación y la seguridad personal que reporta superior a casi todo otro fin político.»

«Si la democracia liberal no es compatible con la plena ocupación, será la democracia liberal la que se marche, y los planes para el futuro tendrán que trazarse sobre el supuesto de que los principios del fascismo (o posiblemente del comunismo autoritario) son los que ganarán la paz, quien quiera que sea el que gane la guerra.»

En estas líneas aparece la cuestión política sobre la que se ha basado la oposición de ideologías entre los beligerantes, francamente supeditada a una cuestión económica, y no a una cuestión de doctrina general, sino a una concreta cuestión pragmática: la de que todo el mundo tenga trabajo. Una cuestión que la guerra no va ciertamente a resolver, sino que ha de dilucidarse precisamente en la paz, y que se planteará agudamente en el momento en que los brazos ocupados en la lucha queden disponibles para las labores pacíficas.

La anterior postguerra se mostró impotente para resolver este problema, que ha sido uno de los cánceres que han corroído el viejo régimen en práctica y en teoría, pues al propio decir del artículo citado, es el hecho que «más ha contribuido a que el pensamiento americano e inglés tomara nuevos rumbos en puntos esenciales de la política económica».

Y este es un problema en que hay que reconocer, cualquiera que sea la opinión personal que se sustente en materia ideológica, que los sistemas intervencionistas y autoritarios han conseguido hasta ahora mejores resultados

que los de *laissez-faire*. Sería mejor ¿qué duda cabe? hacer compatible ese objetivo con el régimen de libre contratación y de plena libertad individual. Pero, como viene a decir el periodista inglés, todos se hallan unánimes en que comer es más importante que ser libre, entre otras cosas porque el que no es libre de comer ha perdido su principal libertad, y con ella, todas las demás, supuesto que la necesidad de no perecer le supeditará a quien pueda alimentarlo.

Nadie vacilará en admitir que una victoria del Reich y sus aliados orientará la economía del lado de los experimentos ya realizados con éxito por los alemanes en el dominio de la procuración de trabajo, con las atenuaciones que sugiera los inconvenientes experimentados y que han sido ya objeto de crítica. En esto no hay cuestión, pues nadie va a pensar que una victoria de Alemania vaya a suponer el triunfo del liberalismo económico.

La cuestión está en si el triunfo de los anglosajones supondrá una orientación francamente diferente. Y esto es lo que apenas cabe admitir, como las cosas no cambien mucho. Todos los síntomas que se advierten van en contra de tal hipótesis.

La Gran Bretaña se ha considerado obligada, en plena campaña, a constituir un plan para la paz: el plan Beveridge, que representa un sistema completo de tutela social, que nada tiene que envidiar en este punto a los realizados por los países autoritarios. Es un proyecto que seguramente sufrirá modificaciones, a juzgar por la polvareda de discusiones que ha levantado, pero que esencialmente se llevará a la práctica en caso de victoria, porque responde a un anhelo de los hombres que luchan, y sin duda para favorecer su espíritu combativo se ha confectionado tan prematuramente. No se les podría deparar después del triunfo una decepción.

Acaso supongan, sin embargo, los que hayan pensado poco hondamente en las exigencias del mecanismo económico y en la solidaridad de sus partes, que la analogía puede limitarse a que, aplicando a la tutela del individuo métodos semejantes a los de sus adversarios, en los demás ámbitos de la Economía y de la Política la cosa iría diferentemente.

Si tal fuera el propósito, puede aseverarse que se frustrará. Entre los procedimientos que se sigan en unos y otros sectores de la Economía, hay una estrecha dependencia. Supuesta una tutela tan completa del individuo como representa el seguro de paro, de invalidez y de enfermedad, la garantía de continuidad de ocupación ¿cabe postular que ese individuo va a conservar la plena libertad de antes? ¿El derecho al trabajo no implica también la obligación del trabajo, si todas esas garantías y ventajas no se han de convertir en un estímulo a la pereza, en una subvención a la ineficacia y a la improductividad, en un motivo de degeneración de la técnica y del arte manual por falta del acicate para la mejora que es la lucha libre y el riesgo? Aunque no se piense así a priori, pronto se echará de ver que un control cada día más riguroso de los individuos es indispensable para evitar los abusos y defender la producción.

Por otra parte, un plan de ese tipo envuelve la absorción por el Poder público de una gran cuantía de la renta nacional, de lo que resulta un proceso de socialización estatal, ya que la producción resulta distribuida en su menor parte por la iniciativa individual y en su mayoría por la intervención del Estado, que de este modo encuentra concentrada en sus manos una porción creciente de la potencialidad económica de la nación.

¿Y en otros órdenes? ¿Se van a abrir las fronteras a la competencia de los productores de otros países que trabajan en diferentes condiciones, cuando no se deja al productor nacional libertad para adaptarse a costes más bajos, ya que pesan sobre él, directa o indirectamente,

las cargas de una política social que subvenciona el paro y hace más costosa la producción, al bajar los precios y reducirse la magnitud de la producción? ¿Se puede dejar a las monedas entregadas al juego libre de los cambios o al automatismo de un patrón fijo, cuando uno u otro pueden determinar equivalencias que impliquen desventaja para los propios productores?

Ni aun en el mercado interior será prudente abandonar las empresas, a las que se ata de pies y manos para garantizar las ventajas de sus obreros, a una abierta competencia que puede serles ruinosa, en contra de los intereses del país y a riesgo de una catástrofe económica. Habrá necesidad de prestar auxilio a aquellas que, siendo útiles y necesarias, se encuentren en situación difícil. La consecuencia será también que no se dejen crear libremente empresas e industrias que acaso haya luego que sostener onerosamente.

Ni libertad de empresa, ni libertad de precios ni de cambios, ni libertad comercial, ni de rentabilidad de los capitales, ni de arrendamientos, ni libertad de trabajo, son posibles en cuanto el motor último de la producción, el hombre, quede sometido a tutela. Esa tutela implica el control interior en casi todos los órdenes de la Economía. Y en el exterior, se plantea un dilema: o aislarse, de las relaciones nacionales exteriores, mediante una intervención completa, o ejercer un control internacional sobre las demás economías, a lo cual tienden visiblemente los planes monetarios propuestos.

¿Se sustraerá el orden político a esa tendencia? No parece probable. En esto la Economía ejerce su despotismo. El control de la Economía comporta necesariamente el fortalecimiento de los órganos del poder. ¿Quién puede concebir seriamente que una extensión e intensificación de los resortes de Gobierno para fines económicos, deje asépticas de todo contagio autoritario a aquellas que son y han sido siempre funciones típicas del Poder? Máxime si se considera, como ha expresado el ilustre jefe del Gobierno portugués, que una de las cosas más escasas y necesarias después de la guerra será el orden público.

La unificación de objetivos políticos y económicos que exige todo sistema de tutela social, implica la compulsión contra todo lo que pueda desarticular un mecanismo de suyo complejo y delicado. Sólo puede evitarse esa compulsión en la medida en que se logre el asentimiento voluntario de los ciudadanos, mediante la difusión y la propaganda. En síntesis: coerción y seducción, las dos formas de atentado a la libertad que se imputan a los Gobiernos autoritarios.

La conclusión que deriva de estas reflexiones es que la economía de postguerra, con escasa influencia de la suerte de las armas, será intervencionista, con todas las demás consecuencias que ello comporta en el orden político.